

27 de enero de 2024 - sábado de la 3ª semana del T. O.

[2 S 12, 1-7ª.10-17; Mc 4:35-41](#)

Homilía

En el séptimo día de la creación, Dios descansó. Después de crear, en los seis días anteriores, un universo que conoció rayos y relámpagos, tormentas y huracanes, volcanes y terremotos, Dios descansó tranquilamente porque, como le explicó a Job en el texto que escuchamos como primera lectura, había establecido límites que estos poderes de la naturaleza no podían traspasar.

Los discípulos, al menos algunos de ellos, eran marineros de profesión. Su error, en el Evangelio de hoy, fue que no estaban dispuestos a asumir la responsabilidad de controlar su barco en la tormenta. No tenían control sobre las fuerzas de la naturaleza, pero sí sobre su barco. Jesús durmió, después de una agotadora jornada de predicación, porque confiaba en sus discípulos, que eran pescadores experimentados que no estaban en su primera tormenta en el caprichoso lago de Galilea. Les dejó hacer su trabajo. Después de todo, era un carpintero, no un marinero. Los discípulos sabían mejor que él qué hacer en tales circunstancias. También sabía que mientras ellos se ocupaban de su barco, otra persona se ocupaba de los vientos y el mar. Ese alguien más era su Padre. Y fue en su nombre que, tras ser despertado por los discípulos, llamó a los vientos y al mar para que se calmaran.

Es interesante observar que esta historia viene justo después de las parábolas de la semilla y del grano de mostaza en el Evangelio de Marcos. No hay crecimiento sin alguna forma de tormenta. La tormenta se desató, en el Evangelio de hoy, después de que Jesús y sus discípulos decidieran "pasar al otro lado..." La mayoría de las travesías hacia la otra orilla en nuestras vidas también son azotadas por las tormentas. Debemos dirigir nuestro barco lo mejor que podamos. Somos responsables de nuestro barco; no somos responsables de los elementos. La falta de fe que Jesús reprochaba a sus discípulos era, en primer lugar, la falta de fe en ellos mismos, antes que la falta de fe en la verdad revelada de que Dios había puesto límites y barreras a la tormenta. Dentro de esos límites, tenían lo necesario para dirigir su barco, y era su responsabilidad hacerlo.

En nuestra vida, no es raro que nos pille una tormenta. A menudo nos desanimamos y tenemos miedo. Nos negamos a asumir la responsabilidad y pedimos a Dios que venga a hacer nuestro trabajo. O intentamos controlar la situación en sí misma; es decir, intentamos controlar la tormenta, lo cual no es nuestro trabajo, y lo hacemos de

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

forma desastrosa. Intentamos despertar a Jesús que duerme plácidamente, confiando en nosotros y enseñándonos así a confiar en nosotros mismos y en el poder que nos ha dado.

En nuestras noches de tormenta, la verdad que siempre puede tranquilizarnos es que Dios tiene el control de los elementos que nos rodean, incluso cuando parecen estar fuera de control; y que Jesús está con nosotros en nuestra barca, incluso cuando está dormido y la barca parece hundirse.

Nuestra fe en Él y nuestra fe en nosotros mismos son igualmente importantes. En el fondo son la misma realidad, ya que nuestro yo más profundo es nuestra configuración con Cristo, que es la plenitud del yo.

Armand VEILLEUX